

**Jorge Grubissich**

# **El caso del robo al correo**

*Ilustraciones de Federico Geller*





# 1

**S**imón y Polo eran vecinos y tenían once años. Nunca fueron al mismo colegio, pero vivían a dos pisos de diferencia y era muy sencillo encontrarse, así que terminaron siendo muy amigos, porque se veían todos los días. Simón tenía un patio, un perro (más bien su hermanito tenía un perro), vivía en la planta baja, y por eso era habitual que Polo bajara y no que Simón subiera. Él casi no conocía la casa de su amigo, solo su pieza, chiquita, donde no se podía hacer nada interesante. Así que si no salían a dar una vuelta o a jugar a la pelota, era en la casa de Simón donde jugaban juntos, o donde se aburrían juntos, o donde miraban televisión.

Una de esas veces, después de ver “El mastín de los Baskerville”, con el legendario Sherlock Holmes y su inseparable compañero Watson, se les ocurrió armar una agencia de detectives. Pero una agencia de dos no tenía mucha gracia, sobre todo porque a ninguno le interesaba jugar el papel de Watson, así que a ellos se sumó Carolina, hija de unos amigos de los padres de Simón, admitida luego de una seria discusión entre los líderes y tras una larga insistencia por parte de ella, seguramente entusiasmada con la idea de compartir las aventuras que ellos daban por aseguradas. Y Martín, el hermano de Simón, de ocho años, apenas se enteró molestó tanto que debió ser incorporado. No les venía mal tener un cadete, aunque jamás le explicaron que

esa era su categoría dentro de la Sociedad. Porque la primera propuesta de Polo fue llamar a la agencia Sociedad de Detectives Privados, S.D.P., y así se llamó.

Las oficinas se instalaron en la casa de Simón, más exactamente dentro de lo que alguna vez fue un vestidor y que, equipado con un velador, una mesita ratona, la notebook de Simón (que andaba de a ratos), dos banquitos y una cajonera, parecía toda una agencia. Tanto que, después de ver las instalaciones, y aunque dijese que la inmobiliaria del padre era muy parecida, otro vecino de doce años propuso su ingreso. Incluso llenó una solicitud y cuando sucedió todo, aún estaba siendo estudiada por los agentes Uno y Dos, enumeración muy discutida por Polo aunque finalmente aceptada dada la ubicación del centro de operaciones. La agente Tres era Carolina, porque tenía diez años, y el agente Cuatro asumió sin protestas su lugar de furgón de cola, se imaginaba que vendrían muchos después de él y que de ese número, que alguna vez sería famoso (el 007 era el mejor a pesar de ser el 007) ya no lo sacaría nadie.

## 2

Las tareas de la agencia, tras confeccionar las indispensables credenciales con las fotos de cada uno (bastante pixeladas, la cámara de la notebook no era gran cosa), se limitaron a unos pocos ejes temáticos. Estos eran: observar desde afuera casas abandonadas, espiondo por las ventanas rotas o las rendijas de las puertas; visitar algunos baldíos acompañados de “Picado Grueso” (ese era el nombre que Martín le había puesto al perrito, porque el pelo marrón oscuro estaba lleno de manchitas blancas y le recordaba a los salamines que el tío Mario traía de Tandil, cada vez que los visitaba), y sobre todo a recoger porquerías. Volvían repletos de colillas, cascotes y cualquier objeto “sospechoso” que sirviera para llenar las bolsitas de muestras, que con sus respectivas etiquetas iban a parar a la cajonera que se transformó en “el archivo”. Este, al principio, solo contaba con una lupa, un par de largavistas de teatro y una pistola de aire comprimido de Simón, hasta que una tarde fue ennoblecido por un fragmento del plástico de una culata de revólver de verdad, encontrado por el agente Cuatro entre las ruinas de una casa en demolición. Simón y Polo se quisieron morir: Simón había encontrado un pedazo de botella, quizás usado en un crimen, y Polo un chicle masticado, quizás tirado por el asesino. Con encontrar al muerto y analizar el ADN del chicle tendrían su primer caso resuelto, y lo conversaban con total seriedad, porque ninguno se atrevía a

ser el primero en reírse, hasta que Martín apareció con el pedacito de culata, corriendo y a los gritos. Era el primer hallazgo importante, y había recibido la distinción de ser guardado en una cajita, en vez de en una de las vulgares bolsitas adonde iban a parar las otras cosas, incluido el chicle, que ya sería útil, suponían ellos, cuando llegara la ocasión.

De una asamblea (realizaban una por semana, los viernes, porque los viernes de las vacaciones siempre fueron aburridos), surgió la idea de irse adiestrando para el futuro. La idea más osada fue la de Polo, que propuso hacer seguimientos de sospechosos, también los viernes, durante un par de horas, para luego elaborar informes y discutirlos en las reuniones. Fue aceptada por mayoría: Martín levantó la mano tras ver qué hacía su hermano y Carolina propuso entonces que los seguimientos se realizaran de a dos:

—Vos y yo, Simón, podríamos trabajar en equipo.

—Eso es poco práctico, Caro —dijo Polo.

—Cierto —agregó Simón, y Carolina alzó los hombros, resignada.

Martín habitualmente sacaba a Picado Grueso a dar una vuelta a la manzana, pero hacer un seguimiento con un perro que cada dos por tres se paraba a hacer pis no era serio, y como tenía que dar demasiadas explicaciones para que lo dejaran salir solo más de una vuelta a la manzana, se quedaría a hacer tareas de oficina: barrer el cuartito, ordenar el archivo, todo encarado con la correspondiente concentración.



### 3

**L**os primeros seguimientos fueron pérdidas de tiempo. Cada uno le agregaba a su informe algunos detalles inventados para entusiasmar a los demás y así pasaron las primeras dos semanas. La tercera semana, Carolina, luego de esperar en la puerta de su casa media hora y cansada de no descubrir a nadie digno de ser investigado, lo suficientemente sospechoso, optó por seguir a un muchacho simpático que a las pocas cuadras se encontró con otros dos con cara de pocos amigos, uno gordo y el otro muy alto. Juntos caminaron otra cuadra más y se metieron en un café. Afortunadamente para la veracidad del informe, se sentaron junto a una ventana, y cuando ya Carolina imaginó de qué estaban hablando, seguro que sobre algún futuro crimen o algo tremebundo por el estilo, de fútbol por ejemplo, y se disponía a marcharse, llegó a ver eso que les iba a cambiar la vida a todos. Vio que el gordo apoyaba sobre la mesa un celular enorme, parado sobre uno de los costados, apuntando hacia la vereda de enfrente. Mientras bebía de su pocillo, charlando como si nada con sus amigos, sacaba fotos sin parar, moviendo el aparato apenas hacia un costado y el otro. En la vereda de enfrente había un correo.

Como se le iba a hacer tarde para llegar a la reunión, le mandó un audio a Simón para preguntar qué debía hacer. Rápidamente, como si hubiera estado esperando un llamado suyo, le preguntó dónde estaba, y para alegría de Carolina, le dijo que lo esperara,

que aún no había llegado Polo, que Martín le diría que ya volvían con novedades y ahí mismo se tomaba un colectivo.

Una vez allí, como eran dos, Simón propuso seguir a dos de los sospechosos, para recabar más datos. El “De ninguna manera” de Carolina sonó tan fuerte que no admitió discusiones. Eligieron al gordo como el más apto (seguro que caminaría más despacio), esperaron a que salieran y el gordo se despidió y salió para el lado opuesto que los otros dos, que los cruzaron susurrando algo que no llegaron a entender. Carolina vio como el más alto la miraba un momento, fijamente, y se estremeció de arriba a abajo, aferrándose al brazo de Simón, que pensando todos los pasos a seguir apenas se dio cuenta, aunque enseguida empezó a sentir cierto extraño orgullo. El gordo vivía más o menos cerca, a cuatro cuadras del bar, en una casa vieja, tipo chorizo. Anotaron la dirección, recogieron una de las dos colillas que tiró en el trayecto, o más bien la recogió Simón, mientras Carolina le sostenía la bolsita y disimulaba todo lo que podía, casi todo el archivo le parecía una asquerosidad, y enseguida volvieron a la central de la agencia, para contar todo a sus compañeros.

Esa reunión fue prolongada y emocionante. Ninguno dudó de que el objetivo fuera el robo, aunque a Polo la historia de sacar fotos le pareció rara, demasiado complicada: bastaba con que alguno de los tres visitara el correo con la perfecta excusa de mandar una carta. “Quizás no quieran hacerse ver”, opinó Carolina y Polo aceptó de mala gana que en una de esas era por eso. La cuestión era que al fin tenían algo importante entre manos, y les pareció que lo mejor era dividir tareas, aunque Carolina volvió a proponer que se dividieran en equipos y la

mirada de Polo la hizo olvidarse del asunto. Se resolvió que Carolina iría al correo a advertirles el lunes a primera hora; Polo esa misma tarde pasaría por la comisaría a contar lo sucedido; Simón vigilaría la casa del sospechoso gordo, por lo menos el sábado, el domingo tenía que ayudar a su papá a hacer un asado. Martín fue ascendido a encargado de comunicaciones: se ocuparía de avisar cuando a la notebook le llegaran mensajes, aunque la S.D.P. aún no tenía página, ni estaba en las redes ni nada. Como su tarea mucho no lo convenció, Martín ni se preocupó por el asunto y la única vez que Simón le preguntó, se limitó a un “sin novedad, che”.

A Polo no lo tomaron en serio. “Tres amigos tomando un café no son una razón para interrogar a nadie”, le dijo con una sonrisa el oficial a cargo. Polo insistió con lo de las fotos y entonces el oficial le recomendó que no anduvieran molestando a la gente.

Simón no vio al gordo salir ni entrar durante las tres horas en que se deshidrató en el zaguán de enfrente, donde para colmo daba el sol.

El lunes, Carolina le explicó a un empleado del correo que podían estar a punto de ser asaltados. El empleado le señaló al guardia y le dijo que no se preocupara, que cualquier cosa hablara con el jefe que volvía de vacaciones a fin de mes.

Volvieron a reunirse el mismo lunes, todos se sentían humillados pero disimulaban. Martín tiró la idea de dejar una carta, dirigida “al Señor gordo que vive acá”, con una nota que dijera que la agencia conocía sus planes, que ya le habían avisado a la policía y al correo. Simón explicó que si no asaltaban el correo entonces asaltarían otro lugar, y todos le dieron la razón, sin